

Prólogo

*E*n sus correrías por Europa, Lord Anónimo había seducido a más mujeres de lo que un hombre de discreción estaría dispuesto a reconocer. Pese a que las fechas de sus romances habían caído en el olvido, había cuidado de anotar con orgullo el nombre de sus amantes en una libreta de tafelete rojo que guardaba cerrada bajo llave. Siempre había intentado dejar a sus damas con buen sabor de boca.

Pero, a veces, el hombre se ve obligado a marchar a la conquista de otros retos.

Le había robado la virtud a una *comtesse* francesa el día de su boda, ayudándola a escapar de su cruel prometido una hora antes de pronunciar sus votos. Le había hecho el amor a una princesa alemana en la Selva Negra y la había custodiado en una choza hasta que los traidores que ansiaban su encantadora cabeza fueron apresados. Había habido duendes de por medio, recordaba. Y había acabado con todos y cada uno de ellos.

Pero con todo y con eso, y dependiendo de su estado de ánimo, podía ser considerado no solo un héroe épico, sino también un villano clásico. Entre sus actos menos galantes, había secuestrado a una dama inocente y la había mantenido encarcelada en su castillo durante siete meses. Su intención era despojarla de todos sus bienes, y lo había conseguido.

Estaba además anotado, por su propio puño y letra, que la dama

se había negado a ser rescatada cuando sus hermanos irrumpieron en el patio de armas.

Estaba mancillada de por vida, proclamó desde la torre donde había tenido lugar aquella depravación. Tan esclavizada se había visto por aquel secuestrador sin escrúpulos, que le había ordenado asesinar a sus hermanos si se atrevían a intervenir de nuevo. No tenía ningún deseo de ser rescatada y estaba incluso dispuesta a apuñalar en el corazón a los suyos antes que abandonar al oscuro noble que la había deshonrado.

Capítulo 1

Londres, 1818

Baile de disfraces literario de lord Philbert

*E*ra de todos conocido en el mundo de la alta sociedad que Samuel St. Aldwyn de Dartmoor, cuarto duque de Gravenhurst y noveno baronet, era un joven truhán de ideología radical y un defensor de las causas impopulares. Samuel sabía que la sociedad lo consideraba una de sus figuras más carismáticas y controvertidas. Y hacía lo posible para darles la razón. Era uno de los primeros en ser invitado a cualquier acto. Y solía ser también el primero en ser invitado a marcharse por declararse muerto de aburrimiento.

Su aparición esta noche en el baile de disfraces de lord Philbert garantizaba que los demás invitados se marcharían contentos a casa.

Tanto amigos como rivales coincidían en este punto: el duque era un hombre de lo más divertido.

Podría incluso decirse que *vivía* para divertirse.

Hablaba poco, y cuando lo hacía se dirigía solamente a un selecto grupo, pero siempre decía lo que pensaba y le traía sin cuidado la posibilidad de molestar a alguien con ello.

El duque era joven, peligrosamente atractivo y escurridizo como un ángel oscuro, y por ello salía airoso pese a proferir ofensas que habrían expulsado de la sociedad a cualquier otro hombre. Pero aun así, la alta sociedad no conocía más que la mitad de quién era Samuel

cuando no estaba en Londres. Confiaba en que siguiera así. Valoraba mucho su vida privada y pasaba la mayor parte del año en su aislada propiedad de Dartmoor, rodeado de personas de su total confianza.

Su impertinencia enfurecía a determinados miembros de la aristocracia y fortalecía a otros, que acogían de buen grado aquel soplo de aire fresco. Pero esta noche, al menos, estaba entre los suyos, entre mecenas de las artes y artistas agradecidos por su generosidad.

Acababa de ocurrírsele que tal vez encontrara una amante inteligente en un lugar como aquel. Había roto con su última querida hacía ya varios meses. El máximo interés que le había demostrado aquella mujer por la literatura había sido arrojarle un libro de Milton desde la puerta cuando él le había anunciado que la dejaba.

Estar a la altura de lo que exigía su reputación resultaba extenuante. Los excesos le agotaban energías que podría destinar a cosas mejores.

Disfrazado de su personaje literario favorito, Don Quijote, Samuel hizo caso omiso a las miradas que lo identificaron al hacer su entrada. No se detuvo hasta alcanzar el salón, casco mellado, escudo y lanza en mano, y hacer una reverencia antes de regalar su atención a los presentes. Que el mundo lo considerara frío y distante. Aquel peto estaba matándolo. Se le clavaba en las costillas como el cuchillo de un carnicero.

—Un trabajo muy competente el de esta mañana, su excelencia —dijo alguien, recordándole el falso duelo que había librado al amanecer.

—Un buen espectáculo, Gravenhurst.

Espectáculo. Sonrió para sus adentros. Todo era espectáculo. Para impulsar la profesión que desarrollaba en secreto. Y para ser fiel a la promesa que le había hecho a su anfitrión y socio en crímenes literarios, el editor londinense lord Aramis Philbert.

—Os merecáis ganar —declaró un caballero situado al final de

la cola, alzando la voz por encima de los demás—. ¿Cómo se atreve la gente a desafiar vuestra decadencia a esas horas de la mañana?

—Yo pienso desafiarla esta misma noche, si su excelencia accede a ello —dijo una voz sensual entre el gentío.

La mirada de Samuel atravesó la brillante maraña de invitados hasta dar con una dama que agitaba lánguidamente un abanico estampado a mano con una amplia variedad de improbables posturas sexuales.

—Señora —dijo—, soy un aristócrata, no un acróbata.

Tras su sorprendida carcajada, obsequió a los reunidos con una diabólica y despreocupada sonrisa y se retiró a la antecámara que lord Philbert tenía reservada para uso privado de Samuel. En otros tiempos, habría pedido una cita a la dama. Pero no daba la impresión de ser mujer por la que mereciera la pena tomarse la molestia de despojarse de la armadura. De hacerlo, no volvería a ponérsela durante toda la fiesta. ¿Por qué los intelectuales perpetuaban el mito de que la lujuria solo atontaba a las clases inferiores?

—A decir verdad —murmuró, dirigiéndose al altísimo ayuda de cámara que le sirvió una tonificante copa de borgoña en el instante en que Samuel se dejó caer en un sillón—, cualquiera pensaría que he erradicado el cólera del mundo en vez de haber desafiado a un amigo a un duelo entre borrachos. Resulta vergonzoso, Wadsworth. ¿No te sientes avergonzado por mí? Estoy convirtiéndome en una maldita tortuga.

El ayuda de cámara esbozó una tentativa sonrisa.

—Sentaos un poco hacia adelante, excelencia, para que pueda ajustar otra vez los engarces de este peto. Lo único que tenéis en común con una tortuga es vuestro amor por la lechuga. Ya está. Don Quijote puede inclinarse de nuevo. Al mundo le encantan los héroes.

Samuel resopló.

—¿Aun cuando el héroe no es real? ¿Cuántos de nuestros queridos ilusos tenemos por aquí esta noche?

—Bickerstaff piensa que más de trescientos, excelencia. —Bickerstaff era el mayordomo de Samuel—. Esta tarde aún se seguían substando entradas en los clubes de la ciudad.

—Imagino que habremos comprado una buena parte.

—Ciento veinte, según los últimos cálculos.

Samuel se rascó el pómulo, sonriendo.

—Mientras sea por una buena causa. ¿Cuál es nuestra actual causa?

—Un jurisperito contra los charlatanes que venden bonos de guerra, excelencia. ¿Os gustaría leer lo que cuentan los periódicos sobre vos?

—¿Para qué? Seguramente lo escribí yo mismo.

El duque apuró el vino de un trago, dejó la copa en la mesa y se levantó. Cogió el maltrecho escudo que Wadsworth había dejado en un rincón y observó con mala cara su reflejo en el abollado metal.

—¿De quién sería la idea de disfrazarme de Don Quijote para esta fiesta?

Con la manga de la chaqueta, el ayuda de cámara sacó brillo a la esquina derecha del escudo.

—Creo que fue Marie-Elaine quien lo sugirió, sabiendo que os gustaría representar el papel de caballero andante.

—Recuérdame en el futuro no seguir más los consejos de una criada. Y... —Samuel miró debajo del sillón—. ¿Supongo que no sabrás dónde he dejado la lanza?

—Tal vez el mayordomo la haya guardado a buen recaudo. Ah, no, me equivoco. La dejasteis en esa maceta de helechos al entrar.

Samuel cogió la fútil arma y la remitió bajo su brazo izquierdo.

—Si Don Quijote tenía aspecto de loco, creo que yo debo de parecerlo también. Dale instrucciones a Emmett para que tenga el coche a punto en una hora. Dudo que consiga controlarme por más tiempo.

Capítulo 2

*E*ra una noche concebida para hacer los sueños realidad.

Cuando estuviera a punto de tocar a su fin, la señorita Lily Boscastle de Tissington, Derbyshire, podría compartir el secreto que, desde principios de año, había mantenido tan primorosamente contenido como el corsé de su tía abuela. Sus días de fingir andar buscando marido y de hacer de comparsa en reuniones campestres caerían en el olvido. En el transcurso del desayuno que seguiría a una fiesta literaria que se prolongaría durante toda la noche, Lily y su querido amigo, el capitán Jonathan Grace, anunciarían tranquilamente su intención de contraer matrimonio y permitirían que sus respectivas familias respiraran aliviadas antes de cerrar la fecha de la boda. Al fin y al cabo, un compromiso, incluso siendo tan atinado como el de Jonathan y Lily, nunca podía darse por hecho.

Ni siquiera Nostradamus hubiera sido capaz de predecir un resultado nefasto para la atractiva y joven pareja. Lily era alegre y coqueta de nacimiento y había aceptado todas las bendiciones que sin ningún esfuerzo se habían cruzado en su camino. El capitán Grace había salido de las guerras prácticamente igual que se había metido en ellas: fácilmente influenciable, pero tan bondadoso y tan consagrado a Lily como el primer día, cuando ella le pegó en el cuarto de los niños y le mordió después la oreja. Seguía defendiendo a Lily siempre que un familiar sacaba la historia a relucir en el transcurso de alguna reunión en Tissington.

—Es una muchacha íntegra, mi Lily —decía—, aun siendo algo exuberante a veces. Sé que cuando me mordió lo hizo como prueba de su afecto. Por suerte, con los años, ha aprendido que existen otras formas de demostrar su estima.

Otro caballero se habría sentido incómodo relatando a amigos y familiares la historia de su salvajismo infantil. Pero Jonathan lo contaba como si fuese un recuerdo cariñoso. Lily se preguntaba si después de tantos años se habrían acomodado en exceso el uno al otro. De hecho, ella se cuestionaba a veces si el afecto que sentía hacia él llegaría a intensificarse hasta transformarse en algo parecido a la pasión romántica.

Amigos del alma. ¿Acaso no era suficiente? Confiaba en Jonathan.

Además, Jonathan nunca le había dado motivos que le hiciesen sospechar que albergara sentimientos apasionados hacia otra mujer. Y tampoco ella se los había dado a él. A menos que contaran los personajes de ficción de los libros que devoraba, un detalle que cualquier lectora consagrada sabía que para nada contaba. Las fantasías que despertaban las obras románticas eran propiedad intelectual privada.

El baile de disfraces literario de esta noche era ya un sueño hecho realidad. En el transcurso del último mes, Lily había asistido a una obra de teatro, visitado el museo y el anfiteatro real construido por Astley. Había disfrutado con aquellos entretenimientos, pero lo de esta noche era de esos acontecimientos que solo se producían una vez en la vida. La noche no se había iniciado con el baile tradicional, con debutantes y solteros preparándose para la batalla mortal.

Los asistentes habían sido invitados a escuchar uno de los tres conciertos de violín que tendrían lugar durante la velada, a picotear las exquisiteces de importación que se servían en los comedores de la planta superior o a quedarse en uno de los salones del primer piso, donde la conversación emulaba las *soirées* parisinas que tanto habían animado el siglo pasado.

Lily se encontraba en su elemento, codeándose elegantemente con invitados disfrazados de personajes de obras literarias y con algunos de los escritores que los habían creado. Aunque no por ello esperaba reconocer a alguno de sus autores favoritos detrás de intrigantes disfraces. La alta sociedad había forzado el exilio de lord Byron. Percy Shelley estaba en Italia. Pero para una joven dama de campo cuya obsesión por la lectura sacaba de quicio a su familia, aquello era una experiencia vertiginosa.

Sus padres insistían en que de una chica lectora no podía salir nada bueno. Quedarse despierta hasta medianoche para terminar un relato romántico acabaría desequilibrándole la cabeza. ¿Cómo pretendía progresar en sociedad si se sumergía de aquella manera en las ideas de perfectos desconocidos?

Nunca lograría hacerles entender que tenía escasas aspiraciones sociales. O que a veces no quería tanto progresar como divertirse, sentirse arrastrada hacia un mundo distinto.

Y de pronto, esta noche, se había sentido arrastrada, con la excepción de que aquel mundo era real. Había escuchado sin querer tantas conversaciones excitantes que había perdido el hilo y ya no sabía si se decía que tal escritor se acostaba con la hermana de su esposa o con su propia hermana, o si había excedido su capacidad de absorción de champán para lo que quedaba de noche o para todo el año. A pesar de que en Tissington también había quien se movía con perversidad, era una perversidad tranquila. Pero aquí se sentía consumida por la curiosidad y abrumada, aunque agradablemente.

Pero lo mejor estaba por llegar. A media noche, los invitados se quitarían las máscaras. Se anunciarían los ganadores del concurso. Todo aquel que hubiera acudido disfrazado tenía prometido un premio por participar. A Lily le importaba un pimiento el concurso, o la obra de teatro que se estrenaría después en el salón de baile antes de hacerlo en Drury Lane. Lo que quería era que todo transcurriera muy rápido hasta que llegara el momento del clímax: el paseo antes del amanecer por los jardines literarios de lord Philbert.

Todo lo que precedía aquel evento no era en su imaginación más que una puesta en escena.

Ninguno de los invitados había sido autorizado a salir para echar un vistazo. Pero era un secreto a voces que un ejército de maestros jardineros e ingenieros había estado conspirando durante meses para diseñar un paraíso de pérgolas donde se representarían escenas de obras de ficción. El parterre del lado noroeste se había transformado en un patio italiano para recrear *Romeo y Julieta*. La escena de la boda de *La tempestad* se representaría en un belvedere próximo. Si se desplazaban hacia el este del jardín, los invitados podrían cruzar las puertas del *Infierno* de Dante, con tufaradas de sulfuro y algún que otro trueno ocasional para ambientar la producción. Se decía incluso que habría un claro que serviría de escenario de *Los viajes de Gulliver* y donde aparecería la gigantesca niñera Glumdalclitch.

Pero por lo que Lily vendería su alma era para saber lo que había al fondo del jardín. Según su prima y carabina Chloe, vizcondesa de Stratfield, habían construido una gruta enorme en honor del último niño mimado de la literatura popular, el autor al que se conocía simplemente como lord Anónimo. Había escrito varios libros de oscuros cuentos de hadas y media docena de novelas sobre las andanzas de fornidos guerreros ambientadas en la Escocia medieval.

Lily las había devorado. Era incluso capaz de recitar de memoria determinadas páginas. Pero no fue hasta que publicó el primer libro de la serie titulada *Los cuentos de Wickbury* que fue denunciado por inmoral y su obra se convirtió de inmediato en un éxito de ventas.

Sus historias eran un hervidero de aventuras de capa y espada que guiaban al jadeante lector hasta la última página, una vez a bordo de un carruaje en plena huida, otras hasta el borde de un precipicio a lomos de un veloz semental. Los libros de la serie seguían siempre una trama básica: el héroe, un conde en el exilio, libraba una batalla contra un malvado hechicero, que era, además, herma-

nastro del héroe. Se enfrentaban no solo por sus dispares ideas políticas, sino también por el corazón de la misma dama.

Pero lo que más intrigaba a Lily era que, después de seis libros, la dama seguía sin tener claro si decantarse por el noble lord Wickbury o por el tremendamente malvado sir Renwick Hexworthy. Las bibliotecas de préstamos vivían acaloradas discusiones para debatir el tema cada vez que aparecía un nuevo libro.

Los caballeros solían mostrarse a favor del conde exiliado, puesto que luchaba justamente y representaba el orden de las cosas correcto. Sir Renwick era un villano de cabo a rabo, un malhechor impredecible, según su punto de vista, que no se detendría ante nada por conquistar a su amada. En opinión de Lily, ella era una mozuela tibia y sin mérito alguno que no se merecía ni a uno ni a otro hombre.

Por desgracia, Lily no era la única dama de la fiesta enamorada de lord Anónimo. Los criados montaban guardia junto a las puertas acristaladas que daban acceso al jardín para impedir que los curiosos arruinaran la sorpresa de lord Philbert. Lily estaba planteándose recurrir al flirteo descarado para poder ser la primera en ver los jardines. Si había alguna posibilidad de conocer al escritor... Oh, *era* un ganso.

Ni siquiera estaba segura de querer saber cómo era. O de descubrir si el escritor era en realidad un hombre. Lo más probable es que se llevara un desengaño al conocerlo. Se quedaría destrozada si al final resultaba ser un petimetre engreído.

Nada le estropearía la noche.

Un capitán respetable pretendía casarse con ella. Jamás en su vida se había creado un enemigo o dado un paso en falso. Ciertamente era una malcriada, y a veces se aprovechaba de su posición. No para hacer nada ilegal o malévolo, sino simplemente porque le gustaba salirse con la suya. ¿Y qué? No era culpa suya haber nacido privilegiada. O que la peor decisión que hubiera tomado fuera disfrazarse de Ganso de oro de los hermanos Grimm. Tres sema-

nas antes, cuando se le había ocurrido a Chloe, le había parecido una idea tentadora.

Pero ahora se arrepentía de su elección. ¿Cómo iba a enterarse la gente de que debajo de aquel plumaje tan poco atractivo llevaba un vestido de brillante seda de color dorado? No tenía para nada la sensación de ser un personaje de cuento de hadas. De hecho, sin despojarse del disfraz, se necesitaría ser un verdadero genio para comprender que pretendía ser una princesa.

Y ese genio, por desgracia, no era su futuro prometido, el capitán Jonathan Grace, el cortés acompañante de siempre. No daba la impresión de que el disfraz fuera de su agrado. Acababa de verle abriéndose paso para alcanzar la cola en la que estaba ella. Imaginaba que era para subir a uno de los comedores de la planta superior. En la parte delantera de la cola había visto a su prima Chloe, que le había hecho distraídamente señas para que se acercara mientras mantenía una animada conversación con sus amistades.

Jonathan, alto y desgreñado, luchaba por llegar a su lado.

—¿Por qué estás aquí sola?

—Porque no puedo moverme. Ya me han dado bastantes empujones. Tengo las plumas partidas y se caen como hojas. Me resulta imposible seguir el ritmo de Chloe. Desaparece cada vez que me giro.

—Es una carabina espantosa —dijo Jonathan, separando las piernas como si aspirara a protegerla con esa pose.

Pero por mucho que fanfarroneara, era de carácter apacible y Lily no le había visto jamás buscar confrontación. En todo caso, permitía que los demás le dieran órdenes. A ella no le gustaba nada verlo dudando para mantenerse firme en sus posturas.

—Chloe me tiene encantada —dijo.

—El encanto es cosa de familia —observó él con una sonrisa reacia—. Pero preferiría que no aprendieses las lecciones de tu prima. Ya me cuesta mi trabajo que te acepten tal y como eres ahora.

—Eso —replicó Lily— es porque eres un caballero. Por mucho que tus amigos de la ciudad no lo sean.

—Tampoco son tan malos. La vida en Londres es distinta.

—Ya me he dado cuenta. —Le sacudió una miga que tenía pegada en la manga, preguntándole—: ¿Qué has comido?

—Una de las criadas me ha pasado un bollo. Me muero de hambre. ¿Le pido que te traiga algo?

—Por supuesto que no.

—Creo que deberías comer algo antes de debilitarte en exceso.

—No pienso comerme ningún bollo mientras hago cola. Sería de lo más vulgar.

La cola hasta el bufé iluminado por las velas avanzó unos pasos. Lily oyó que la pareja que tenía detrás mencionaba *Los cuentos de Wickbury* y casi se le detuvo el corazón. Sabía que no era correcto meterse en los asuntos de los demás y fingió no estar escuchando, pero cuando la dama susurró: «Y Philbert ha dicho que lord Anónimo podría hacer una aparición para reconocer el tributo que se le rinde esta noche», Lily no pudo contener la curiosidad.

Se inclinó hacia un lado, superando a Jonathan e ignorando el tirón en la manga que este le dio al ver que la cola volvía a avanzar.

—Disculpeme por interrumpir, pero no he podido resistirme. ¿Es cierto eso de que vendrá lord Anónimo?

La dama suspiró.

—Es muy posible que incluso haya venido y se haya marchado ya.

¿Venido y marchado? El corazón de Lily dio un vuelco.

¿Era posible que le hubiera pasado por alto tan fácilmente?

¿Le habría rozado el brazo sin darse cuenta?

—¿Ha comentado alguien cómo era?

—Nadie...

—Tal vez sea anónimo por alguna razón —dijo en voz alta Jonathan, devolviendo a Lily a su lugar en la cola—. Tal vez esté escondiendo alguna cosa.

—¿Cómo qué? —preguntó ella.

Jonathan frunció el entrecejo.

—No lo sé ni me importa. Pero tengo que confesarte algo antes de subir a jugar a las cartas.

—Le reconocería si lo viera —dijo ella distraídamente—. Lo que es improbable, mientras siga en esta horrorosa cola.

—¿Cómo demonios lo reconocerías si nadie lo ha reconocido? —preguntó él en tono de broma.

—Lo adivinaría por su manera de hablar. —Hizo un gesto con la mano—. Por sus palabras. Diría cualquier cosa y lo reconocería al instante.

—Tonta Lily —dijo él, haciendo una mueca—. Me pondría celoso si fuera cualquier cosa, pero no un escritor. —Ladeó la cabeza hacia ella—. ¿Quieres oír mi confesión?

Se le veía tan serio y cautivador con su corona de rey Lear de papel maché bajo el brazo, que se sintió casi malvada por tener ganas de echarse a reír. Por muy amigos que se hubieran hecho con el paso de los años, dudaba que lo que pretendiese confesarle fuera tan intrigante como conocer a un misterioso y famoso escritor. Además, Jonathan y ella tenían toda una vida por delante para hacerse confesiones.

—Vamos, canta —susurró—. ¿Qué has hecho? ¿Romper un jarrón?

Él dudó un momento.

—Nunca acabé de leer *El rey Lear*. De hecho, ni siquiera conseguí pasar del primer acto. La gente no hace más que soltarme cosas sobre hijos desagradecidos y no tengo ni idea de qué quieren decir. He tenido que quitarme la corona para que no me reconozcan.

—Oh, Jonathan. ¿Qué voy a hacer contigo?

La obsequió con una sonrisa impotente.

—Responder por mí la próxima vez que alguien me pregunte sobre la trama. Yo fingiré que no oigo bien.

Lily se obligó a recordar todas las buenas cualidades de Jo-

nathan. No bebía. La consideraba la mujer más bella del mundo, y a veces le creía incluso. Siempre se había comportado como un caballero en su presencia y, evidentemente, la necesitaba.

—Tendrías que habérmelo dicho antes —le susurró—. Ahora ya es demasiado tarde para preocuparse por ello. Y no creo que Shakespeare vaya a presentarse por aquí para pedirte tu opinión.

Se mostró completamente indiferente al comentario.

—No habría venido aquí esta noche de no saber lo mucho que amas tus libros. Disfruta de la velada, Lily. Pero que sepas que estoy contando las horas que faltan para compartir lecho contigo. Dame un beso de buena suerte antes de marcharme.

—¿Adónde vas? —preguntó exasperada.

—Acabo de decírtelo. Kirkham y yo hemos sido invitados a jugar una partida de cartas arriba.

Levantó la cabeza con disimulo y la bajó de inmediato, consciente de la presencia de un atractivo hombre que permanecía de pie, apoyado en la pared. Iba disfrazado de caballero medieval, y pese a que estaba demasiado lejos para escuchar la conversación que mantenían Jonathan y ella, su insolente mirada le daba a entender que aquel encuentro le hacía cierta gracia.

¿Cuánto tiempo llevaría observándolos?

Le recorrió el cuello un escozor caliente, que se adentró rápidamente en su corpiño de plumas blancas. Se obligó a mirar de nuevo el reconfortante rostro de Jonathan.

—No llegues tarde al momento en que tocará despojarse de los disfraces. Y ponte la corona antes de volver.

Él asintió.

—Hasta entonces, permanece donde Chloe pueda vigilarte. Te prometo que no tardaré. Y, Lily... no permitas que te rapte ningún libertino durante mi ausencia.